





100 PÁGINAS
PARA OLVIDARTE



Charo Mejía

100 PÁGINAS
PARA OLVIDARTE



Primera edición: mayo de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Charo Mejía

ISBN: 978-84-17362-66-9

ISBN digital: 978-84-17362-67-6

Depósito legal: M 13688-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Jose Antonio. Mi marido.
Confiaste en mí. Hace veinte años me regalaste mi primer
ordenador con una condición, que mi primer libro fuera
dedicado a ti.
Hoy sigo recordándote como el primer día. Te quiero.*



CAPÍTULO I

Lánguida y pasiva, el miedo no la dejaba respirar. La medianoche se acercaba y como todas las noches esperaba con miedo ese murmullo en su oído, manteniéndola tan alterada que sólo ella lo sabía.

Su olor a alcohol llegaba desde el comedor y sabía que esa noche no se iba a salvar. Rezaba y suplicaba a los cuatro vientos que no entrase, que se quedase dormido en el sofá, pero ella misma sabía que si no era en una hora sería en tres, era algo que no podía controlar.

Lo había intentado de mil maneras, no quedándose sola, atrancando la puerta, pero siempre pasaba, aunque se cuidaba mucho de no darle lo que quería. Para ella, después de tanto tiempo, ese era su reto, que no se saliese con la suya, eso era de ella y se lo daría a la persona que lo mereciese.

Pisadas... su corazón empezó a latir frenéticamente, esperando fuese un sueño, se aferró más a la almohada, a ver si pensaba que estaba dormida y la dejaba en paz.

«¡Ilusa! Sabes que eso no va a ocurrir, no se va a frenar por que pienses así» su voz interior la hacía ver la realidad, esa realidad que llevaba mucho tiempo guardando siendo niña en la calle y adulta en casa, guardando secretos que solo ella sabía y que nunca comprendería, viendo a sus amigas jugar y divertirse, a sus padres protectores y madres amantísimas. ¿Alguna tenía idea de lo que ocurría tras las paredes de su casa? Bien se guardaba de no decir nada porque el miedo era superior a sus fuerzas, no sabía de lo

que sería capaz. Sí, muchas veces tuvo el coraje pero no la valentía porque el temor a la represalias era superior a ella.

La puerta se entreabrió; el tenue ruido la devolvió a la realidad, una realidad que hubiese dado hasta su vida por cambiarla.

—¿Estás despierta? —preguntó el ejecutor que entró sin hacer ruido, en silencio, sólo el latido de su corazón, ese palpito de algo que va a ocurrir y que no va a ser capaz de controlar era lo único que rompía ese silencio.

Como palabras llegaban a su cerebro: tranquila, tú puedes controlarlo, ya lo has hecho muchas veces.

El olor a alcohol la susurró en la nuca, mientras sentía una mano entrar por sus braguitas, la respiración entrecortada de deseo y repugnancia, hizo que su estómago se volteara y sintió ganas de vomitar, comenzó a temblar de pánico, el temor a no poder controlarlo, a saber que no podía gritar, sus hermanos dormían en la otra cama, el impulso de contarle... de llorarlo, como tantas y tantas veces en su soledad interna lo había hecho la invadió por un momento. Aunque muy a su pesar, y más internamente las palabras amenazantes volvían a su cabeza.

—Si alguna vez cuentas esto a alguien, te juro por Dios que os mato a todos y luego me pegó un tiro —. Esas palabras retumbaban en su cabeza constantemente.

No podía contarle, sus hermanos eran pequeños y ella siempre había sido la protectora, en la que se apoyaban cuando se caían, en la que lloraban cuando estaban malitos. No podía hacerles eso, tenían una larga vida por delante y ella se iba a ocupar de que así fuera.

Volvió a sentir náuseas, las manos ásperas le subieron por la tripa para aferrarse a su pecho, notó como le pellizcaba el pezón y cómo el contacto le hizo daño, quería terminar cuanto antes con eso .

Intentó no llorar, y ser consecuente, en cuanto se la meneara un poco y podría volver a esconderse debajo de la sábana, las lágrimas serían después; al cabo de unos minutos sintió la humedad de su

deseo en sus manos y como se levantaba de su cama para irse al baño, a limpiarse y seguramente a la cocina a seguir bebiendo.

Sus latidos comenzaron a ser más pausados y sus lágrimas en ese momento sí corrieron por su cara , lloró... lloró todo lo que esa noche pudo hasta quedar dormida de cansancio, hasta olvidar lo que estaba ocurriendo y dejarlo muy cerrado en un lado de su cabeza, para el día siguiente y lleva a sus hermanos al colegio, sonriente antes de llegar al instituto; La compañera de clase que no llama la atención y es callada y sobretodo la amiga de sus amigas que nunca sabrán lo que en su cama pasa cada cierto tiempo por las noches.

Esa amiga que escribe poesías, de amor como ninguna, que tiene una imaginación desbordante, que sueña con el príncipe azul y con vestidos rosas, de tul o satén, de la que muchas se ríen porque no es ni guapa ni fea ,que no destaca en nada concreto, que solo mira y escucha, que ve como todas a su edad ya han conocido a otros chicos y que ella sigue siendo el patito feo, sigue pensando que habrá un príncipe azul y que el verdadero amor existe, que escucha a sus amigas con deleite cada vez que alguna de ellas viene diciendo lo bueno que está y lo que le gusta un chico, la que se alegra cuando se emocionan por que las han mirado o sonreído y llegan emocionadas a contarle, a la que le invade la tristeza, cuando las ve de mayor con hijas y tan absortas en la felicidad que tienen que desprotegen a lo más querido a los hijos.



CAPÍTULO II

Carla se miró al espejo, después de tantos años, lo había conseguido, estaba en la cima de su carrera.

Ya no era la niña que todos conocían, era una mujer ,que a sus cincuenta años, todavía conservaba esa figura esbelta y delgada de los veinte, quien lo diría, que después de los diecinueve años, los hombres la iban a mirar como lo hacían y aun así con cincuenta, lo seguían haciendo .

Se miró, desnuda, los pechos no estaban en el mismo lugar, ni su piel era tan tersa, y las arrugas de la edad daban a su personalidad más profundidad, pero sabía que no la querían por ello, era inteligente, aun a sabiendas que no pudo estudiar lo que habría querido; sí ,todas esas inquietudes que tenía las iba poco a poco desarrollando, ese ímpetu por superarse a sí misma, por ser quien era, por luchar por unos ideales, por apoyarse en quien debía, aunque de vez en cuando metiera la pata, la habían forjado; era fuerte, segura, y con una naturaleza humana mucho más resaltada que todo su físico, desbordaba ternura y sensibilidad y era consciente de ello, más de una vez lo utilizó para conseguir llegar a donde estaba ahora.

Siguió vagando por sus recuerdos, esos, que la hicieron daño, pero a la vez, fuerte y determinada, los cuales llegaban a su cabeza como espinas clavadas en el corazón, por los cuales lloró durante mucho tiempo sin llegar a comprender que ocurría, sin saber la razón de por qué le ocurrían esas cosas a ella .

Entre esos recuerdos caminaba lentamente hacia su armario, debía prepararse era un acontecimiento especial, ese día se cerraría

totalmente la herida, esa que por mucho tiempo la había atormentado, hasta no poder más, que hacía una semana parcialmente le llegó por buro fax.

Recorrió con la mirada los colores y tonalidades del armario, las marcas y vestidos, no se había comprado nada especial para la ocasión, tenía suficiente dinero, y lo que por una parte le sobraba, por otra le faltó durante mucho tiempo, en parte por el rencor y la desconfianza, eso ya no pasará.

Decidió que hoy era especial, hoy se vestiría de gris, ni blanco ni negro, de gris, cogió el traje chaqueta de Alba Conde, una de sus diseñadoras favoritas y empezó a vestirse, pausada y con tranquilidad, saboreando el momento del ritual.

Hoy era especial, el aroma de jazmines y lirios, la invadió, miró a su alrededor todo era cálido, tranquilo, sutil, sus medias se deslizaban suaves por sus piernas, sentía las caricias de ese momento tan especial que la embriagaba solo pensarlo, volviendo al pasado para quitarse ese sayo que tanto la había protegido durante años y que era el momento de desprenderse de él y curar heridas, aunque la cicatriz siempre estaría en su memoria.

CAPÍTULO III

Olió su sufrimiento, entre sus manos el olor de las sábanas y con ellas el recuerdo de su niñez; Cuando todavía era feliz, siendo niña, con su inocencia, su ternura, su candidez...

Recordó como jugaba con sus hermanos y se divertía, esos a los que siempre había protegido, a los que ahora junto a su amargura recordaba, entre las miles de lágrimas que no hubiera querido derramar.

Su impotencia se deslizaba entre el algodón y el poliéster de las sumisas telas, que esa noche la cubrían, llenándola de amargura, de desazón, tapando la vergüenza y el temor que ahora sentía; El más preciado tesoro de su cuerpo, el indeseable lo había profanado, había conseguido lo que ella con tanto ahínco protegía todas las noches.

Sus heridas y los moratones que quebraban su cuerpo, su cara y sobretodo sus muslos, latían por el dolor, aun así, el máximo dolor lo tenía en su interior, el no haber sabido proteger lo que para ella era lo más sagrado , su virginidad, la que daría al hombre correcto, a ese príncipe azul que nunca llegaría, en ese mismo momento comprendió, que ese personaje de cuentos de hadas no existía, que su libro que un día le regaló su abuela, con personajes de la edad media, con princesas y caballeros, era una burda estela en el tiempo, una neblina entre la infancia y la madurez, que se había disipado en una milésima de tiempo, no la había dejado recorrer el camino ,hasta llegar a la luz, sino que al correr entró directamente en el infierno, chocando con el mismo diablo entre las llamas que quemaban su cuerpo .

Volvió a llorar, las lágrimas salinas, se mezclaban con el olor a jazmín y otra flor que nunca descifró, apretó las sábanas con rabia, queriendo morir en ese momento, que la pesadilla se desvaneciera, despertar y ver que todo había sido un sueño, un mal recuerdo de una noche que había comido algo que le había sentado mal y por ello esas pesadillas.

Ese olor siempre le recordaría a su madre, a esa casa y a esa noche y mil noches de tormentas, pero más que nada a ella, a su madre, esa que nunca tuvo, aunque estuviera allí, la que desde mucho tiempo atrás perdió la cabeza, la cual quiso perder antes de perder a su marido, a ese que prefería la carne de fuera como ella, antes que pedirle a su mujer lo que necesitaba, aunque fuera ruin.

Esa que sabía, aunque quisiera ocultarlo lo que ocurría entre las paredes de su casa, aunque Carla no estuviera al tanto u ocultara al igual que ella, lo que las dos sabían que pasaba, por miedo, vergüenza, temor, por no ver lo que allí pasaba, pero que todos los vecinos sabían, peleas, insultos, marcas en la cara que se excusaban con un soy una patosa, pero que todos sabían de donde provenían; Algunos sentían lástima y otros las escuchaban sin comprender porque lo consentían, pero sin hacer nada al respecto .

Ese día la vida de Carla cambió, nunca permitiría que ningún hombre la utilizara.

El hilo de sangre que todavía le recorría por la nalga, y que poco a poco se iba coagulando pegándose a su piel adormecida por el dolor, la hizo adulta. Escuchaba, como un eco esas últimas palabras, como un espectro que sobrevolaba sobre su cabeza.

—Esto te pasará de mayor cada vez que un hombre quiera sexo, no lo olvides niña —le dijo con esa voz ronca, que el alcohol producía en su garganta, de manera gutural— la vida no es del color que tú quieras, aquí mandamos los hombres—terminó. Volvió a llorar , recordándolas , una y otra vez , deseando gritar , alzar la voz tan fuerte que ese dolor que la embargaba se desvaneciera en el aire, sintió morir ; como su cuerpo se rompía en mil pedazos , como su alma se desprendía de sí misma , como una niebla gris,

que la miraba desde el techo de la habitación , ese cuarto oscuro que guardaba sus más escabrosas pesadillas , sus miedos , sus temores y sus silencios.

El sufrimiento que ahora agonizaba en su interior, por esas palabras la martirizaban, siempre sería igual, una pesadumbre, que nunca acabaría. El desazón de convivir día a día con el padre que se sienta a la mesa, que saluda a su mujer al llegar a casa, que juega en el parque con sus hijos, que lleva el dinero al hogar; Ese hogar roto y destrozado en el cual conviviría para siempre con su acosador, en una cárcel de cuatro paredes de la cual ella misma tenía la llave para salir, pero una llave incompleta, ya que no podía dejar a sus hermanos a merced de esa persona.

No era su padre, no lo consideraba como tal, debía mirarle a los ojos y responder cuando le preguntaba, por los estudios, por las amigas y cuando iba un poco más borracho por los chicos, se enfrentaba a ella con la mirada, con los gestos, haciendo que Carla entrara en estado de shock, sin saber que responder, que decir, cada palabra que salía de su boca era meditada por ella y analizada por él.

No le gustaban sus amigas, para esa persona, eran las que le metían a Carla ideas raras en la cabeza, las que le comían el coco según él, porque sus padres no las pararon a tiempo, así sus formas de vestir, y de comportarse, como unas cualesquiera. Esas palabras dolían a Carla, que siempre que podía se unía a ellas, las cuales sin saber nada, le daban ese cariño y comprensión que necesitaba, sin sus amigas saber, lo que estaba ocurriendo dentro de ese hogar maravilloso a los ojos de los demás, pero esa cárcel nocturna que con alevosía le iba quitando los años que debieran ser los más felices, los de su infancia.

Los niños dormían, pese a su sufrimiento, eran lo más importante para Carla, entre sollozos se desvaneció en un letargo, sintiendo el beso de uno de sus hermanos en la mejilla. Ese beso dulce e inocente de quien no entiende lo que ocurre, pero ve como su hermana mayor, llora continuamente por las noches.



CAPÍTULO IV

El tacto de ese beso de su hermano, la devolvió a la realidad, volvió a mirarse al espejo, ya vestida, su cuerpo y el diseño del traje la hacían una figura escultural, su pelo rizado, negro como el azabache, cubría parte de su espalda, llenándola de ondas que caían como el agua de una cascada, el rubio intenso de cuando era pequeña se desvaneció hace tiempo, aunque sus ojos seguían teniendo ese verde aceituna que tanto odiaba, y que siempre le recordarían a él. Le llegó el aroma del café recién hecho, estaría caliente, así que tenía poco tiempo, para maquillarse, un maquillaje suave, sutil, y discreto, como era ella, no le gustaba mucho el hacerlo, pero la ocasión lo merecía, hoy estaría eufórica, pese a tener que disimularlo, una sonrisa suave apareció en sus labios, entre la melancolía y la añoranza, pero con la satisfacción de ver que su mayor pesadilla había terminado.

—Adela, ¿estás ahí? —gritó Carla desde arriba, volviendo por un momento al presente. Su mejor amiga había llamado un par de horas antes, más que nada para que no se durmiera, la noche anterior se quedó trabajando hasta tarde, para poder coger el día libre y no demorarse en su próximo libro que saldría pronto a la venta.

—Sí, acabo de llegar y he hecho café, ¿te apetece algo de comer? —respondió tan alegre como siempre, con ese tintineo en su voz, entre cantarina y delicada, que a Carla le encantaba escuchar, siempre que tenía ocasión, ya que las dos con sus respectivos trabajos, pocas veces encontraban ocasión de tomar una buena copa de Merlot y sentarse en la terraza del ático a contarse confidencias.

—No, gracias, termino de arreglarme y bajo, me queda poco —le dijo a su amiga.

Adela después de muchos años, seguía siendo la fiel compañera de Carla, esta nunca le contó nada de lo sucedido, aunque interiormente lo percibía, lo supo el mismo día que ella le dijo que tenía que abortar, nunca había estado con ningún chico, los aborrecía, la sola insinuación por parte de alguno la hacía retraerse, se ponía a la defensiva, y los espantaba; Adela nunca olvidaría ese día y los próximos, los lloros de Carla y ella, si el padre se enteraba la mataría. No tenían mucho tiempo, ni dinero, y debía ser algo rápido, ya que ni por asomo esa mala bestia la iba a dejar pasar una sola noche fuera de casa. A su mente llegaron esas dos semanas, llenas de dolor, amargura, y como vio a su mejor amiga derrumbarse y a la vez con la fuerza, y el coraje que la llevaba a ser como era, levantarse de la nada para seguir su camino, forjar un destino y una meta.

Esa meta, que siempre le había dicho Carla, esa que consiguió hacía ocho meses, y que dentro de unos pocos más se culminaría, retumbaron las palabras que un día, salieron de la boca de Carla. «Camina con dignidad, nunca pierdas esa nobleza que te caracteriza, que te eleva a lo más alto de tu carrera, la meta eres tú, tus ganas de luchar y de ver el mundo, la vida tal y como tú quieres, es tu meta, no lo olvides». Fueron momentos en los que Adela, no podía casi ni respirar, momentos en los que hubiese querido morir, más cuando la diagnosticaron el cáncer. En ese mismo momento sintió lo mismo que Carla el día que tuvo a la desesperada que abortar para no traer al mundo un niño no deseado fruto de una violación reiterada por parte de quien debía quererla y protegerla sobre todas las cosas.

Nunca olvidaría ese momento y esa angustia que compartió con su amiga, lo mismo que Carla la apoyó en el instante que supo que tenía cáncer.

CAPÍTULO V

«Tengo que abortar, Dios mi mío, esto no me puede estar pasando a mí, me matará». El pensamiento de Carla la taladraba la mente, llevaba dos años de angustias y sufrimientos, ya era bastante para una niña de 16 años, su vida se iba a la mierda, y no podía hacer nada por frenar ese descenso, esa decadencia y desidia, él la mataría, estaba segura, se salvaría de decir nada; le pediría explicaciones que ni ella misma podría tener, quien era el padre, con quien se había acostado, entre insultos y humillaciones, zorra, puta, ramera, entraría en cólera, llegando incluso a pegarla, preso de esa ira que ya bien conocía, producida por el alcohol, y la obsesión compulsiva que tenía hacia ella.

Sólo pensar en tener un hijo, a esa edad, fruto de tal aberración a la cual su propio padre la forzaba todas o casi todas las noches la hacía sentir sucia, su cuerpo la asqueaba, muchas veces en la ducha, había cogido un estropajo para quitarse toda esa suciedad que desprendía, ese olor nauseabundo que la recorría mil y una veces la piel, llegando a sangrar, a hacerse heridas que no le dolían, que no sentía, ya que su afán en ese momento, era sentirse tan limpia y pura como antes. Sentirse niña, sentirse querida por su familia, sus padres, sus hermanos y por toda la gente y amigos que creía debían protegerla, protegerla del mismo Diablo, que en ese momento había conseguido plantar la semilla del demonio, como un incubo, que en su demencia, alterada por sus trastornos, conseguía sumir a Carla en un círculo de locura, del cual, sólo su fortaleza la hacía encontrar un pequeño resquicio para volver a salir de él.

Sólo pensó en un nombre en ese momento, su amiga, esa compañera de confidencias, su única amiga, la persona en la que podía confiar, pasara lo que pasara, a la cual nunca había confesado nada, ni lo haría, el simple hecho de tener que contarle la atormentaba, se inventaría un chico ficticio, le diría que no sabía cómo ha pasado, pero que la tenía que ayudar, Adela nunca le pediría explicaciones, tenía que ser muy cauta, pero el tiempo era primordial, y haciendo de tripas corazón, salió del baño de chicas del instituto y fue en busca de ella.

—Adela, ¿tienes un momento? necesito hablar contigo —Carla la encontró enseguida, junto a otras compañeras de clase, que se dieron la vuelta para mirarla y saludar. Notó como el mundo se volvía a romper a su alrededor, la miraron extrañadas, su cara reflejaba angustia y daba la sensación que habría estado llorando hacía pocos minutos, se sintió pequeña, quería desaparecer en ese instante, que se la tragase la tierra, para no volver a aparecer nunca, para que todos sus miedos y temores se desvanecieran y no volver a sufrir nunca más.

—Claro que sí, espera un momento que termino y vamos a tomar un café, ¿quieres? —le respondió con esa voz, siempre tan dulce y comprensiva, llena de vitalidad y de pureza, esa pureza que a ella, le faltaba, que no sabe porque se la tuvieron que arrebatar, esa voz que extasiaba a Carla, cada vez que hablaba con ella, que vivía en su imaginación, las miles de historias que Adela con su inocencia y ternura, la transmitía, de chicos, de salidas al atardecer con compañeros de otros cursos más avanzados, y que entre jugando a ser mayores y adolescentes a la vez, su amiga le relataba con pelos y señales, entre cigarro y cigarro, algo que de momento no la habían quitado, poder experimentar los pocos momentos de adolescentes jugando a ser mayor, aunque para Carla lo más primordial, lo destruyó todo por completo ese fatídico día de su cumpleaños; Cuando en ese accidente tuvo que ir con su padre a las canteras de arena donde trabajaba.

Carla sonrió como aprobación a la pregunta de su amiga, así también estarían tranquilas sin miradas ni oídos que pudieran observarlas. Bajó las escaleras que separaban las dos plantas del instituto, miró los peldaños de granito, sucios por el paso del tiempo y el trasiego de chicos y chicas que los recorrían buscando sus clases cada 45 minutos, tiempo que los más mayores aprovechaban para fumarse un pitillo y comentar las jugadas ya fueran de cualquier índole , chicas ,chicos, futbol o coches, así como algún que otro despistado que intentaba por todos los medios, contar la jugada de la clase anterior o como le había salido algún examen. Ella sin embargo pensaba en la forma para contarle a su amiga lo sucedido, e inventarse una historia tangible, ya que nunca le había hablado a Adela de chicos e iba a ser bastante inverosímil que se lo creyera, no le iba a preguntar, pero se quedaría estupefacta. El sólo pensamiento de la mentira la invadía, el miedo, a ser descubierta, a que alguien advirtiera lo que ocurría en su interior, la aterraba, sintió como un ardor le recorría el cuerpo, entre toda la multitud que se agolpaba en el ínfimo pasillo, quería correr, llegar cuanto antes a la cafetería; Sintió que una mano la agarraba, fuerte para no caer, acaba de dar un traspiés y ni se había dado cuenta.

—¿Estás bien, Carla? —la voz le resultó familiar, era David, uno de los chicos de su clase, que estaba detrás justo cuando sintió caer—. Tienes mala cara —siguió diciendo.

—Sí, gracias, he resbalado solo eso —Carla no quería dar explicaciones, y menos a un chico—. Por favor suéltame, ya estoy bien —el simple roce de la mano de un hombre en ese momento, la repugnaba, el desquicio que sentía solo por ese contacto la hacía sumirse más y más en la podredumbre de su situación.

Siguió su camino a la cafetería, absorta en su mente, en sus pensamientos, en la manera de arreglar todo lo que ocurría y nula para encontrar una solución, un remedio; Entró en la cafetería, el olor a bocadillos de bacón y tortilla, la produjo nauseas, siempre le habían encantado, pero ese día, ni tan siquiera tenía hambre, el camarero la sonrió como de costumbre, como hacía con todas la

personas que allí entraban. Carla hizo un gesto como para devolverle la sonrisa, pero muy alejada de esa sonrisa que todo el mundo decía que era muy especial, aunque para ella era una simple sonrisa más, como todas las demás.

—Buenos días, ¿lo de siempre? —el camarero, se conocía al dedillo lo que tomaban todos los chicos de instituto, eran muchos años al frente de esa barra, una barra de bar que guardaba muchas confidencias juveniles, de amor y desamor, de cates y aprobados y como no de las artimañas para hacer chuletas y de horas haciendo pellas.

—Sí, y Adela también viene, gracias —se sentó en la mesa más apartada de la encimera del bar, esperando a que Adela viniera y poder contarle todo, la barra, le parecía demasiado peligrosa para hablar del tema.

El camarero llevó las consumiciones a la mesa, Carla le dio las gracias, a la vez que ponía su mano en el vaso de café para sentir el calor que desprendía, calentar las manos y así también ocultar el temblor de ellas, que delataban claramente su nerviosismo en esos momentos; El ruido de la puerta, la sacó de su ensimismamiento, era Adela, que se dirigía hacia la mesa donde estaba sentada, su angustia y nerviosismo comenzó a crecer a cada segundo que transcurría, ya no había vuelta atrás, Adela la ayudaría.

—Carla, ¿qué ocurre? —la cara de Adela era de preocupación, primero por su amiga, y segundo porque pasara lo que pasara seguro que era grave—. Me ha dicho David que casi te caes por las escaleras, y las chicas se han quedado preocupadas, al ver tu cara, ¿has llorado? —la voz de Adela era más suave de lo habitual y con una nota de preocupación. Carla rompió de nuevo a llorar, su amiga la agarró con fuerza y le dio un abrazo, intentando calmarla, lo que hizo que las lágrimas de Carla brotaran en sus ojos como un manantial, obstruido por una roca que ahora en esos momentos se desplomaba para dejar fluir toda la rabia y desesperación que había mantenido atrapadas y que emanaban libres para dar paso a algo más de calma.

—Estoy embarazada —Adela se quedó mirándola, perpleja, sin saber que decir o hacer, volvió a abrazarla, maldiciendo aquel momento, tenía que ayudarla, pero en ese mismo instante no sabía ni como, ni lo que quería hacer Carla. Se calmó, tenía muchas preguntas sin respuestas, Carla nunca había estado con ningún chico, ni del barrio, ni del instituto, o al menos ella, que era una de sus mejores amigas, no tenía constancia de ninguno, es más siempre que alguno se le acercaba, encontraba la manera de espantarle.

—No te voy a preguntar cómo, porque eso lo sé, lo que no sé es quien ha sido, porque nunca te he visto con ningún chico. —Adela, quería ser lo más pausada posible, para que dejase de llorar, le tendió un clínex, mientras le decía estas palabras—. Pero sobre todo si te tengo que preguntar qué quieres hacer.

—Quiero abortar, Adela, si mis padres se enteran me matan, ya conoces a mi padre, y no tengo suficiente edad para hacerme cargo de un hijo, no estoy preparada. Y como ocurrió no lo sé, en el parque con unos amigos estuve bebiendo y no sé lo que hice, fue un día de pellas, ellos son de otro instituto y fue solo una vez, no los conoces, de verdad no me preguntes por eso, solo quiero que me ayudes, eres la única persona en la que puedo confiar, estoy perdida, no sé cómo salir de esto y me aterra pensar que dentro de nada se me pueda notar y que se entere todo el mundo. —La cara enrojecida de Carla por los lloros y los nervios, hizo que el camarero se acercara a la mesa, Adela lo echó con la mirada, aunque no sin antes preguntara que si Carla quería un poco de agua, a lo cual Carla afirmó, así tendrían al menos un minuto de tranquilidad mientras entraba de nuevo a la barra y lo servía.

—Se lo tenemos que contar a un adulto Carla, a alguna profesora, o a alguien que nos pueda decir cómo se hacen estas cosas, nosotras solas no podemos —Adela intentaba controlar la situación y ser realista, eran dos chicas de 16 años, no podían ir al médico ni contárselo a los padres de Carla, ni a los compañeros, ellos mismos se irían de la lengua a la mínima de cambio, solo por el hecho del chismorreo.

Carla sintió como ya no podían hacer nada, el pánico llenó todo su cuerpo, sus manos volvieron a sudar, temblaba solo recordar la palabras que segundos antes había pronunciado Adela, un adulto, su mundo se desmoronaba, no sabía ni de cuantas semanas estaba, y tiempo era lo que no tenía, no pensaba con claridad, pero no podía decirle que era fruto de la violación de su padre, el cual llevaba haciéndolo desde que ella tenía 14 años , desde el día de su cumpleaños, desde ese accidente que la llevó a la cantera de arena. Adela no se creía todavía lo que le estaba contando su amiga, se apiadó tanto de ella, de su situación, veía a la chica que conoció hace 5 años, cuando ella llegó al barrio y a un nuevo colegio, Carla la acogió y desde ese día no se separaron, era una niña alegre, llena de energía y vida, hasta que hacía tres años, cambió, se volvió reacia, no hablaba con casi nadie, solo ella era capaz de sacarle una sonrisa de vez en cuando. Tenía que ayudarla, no podía comprender lo que pasaba, y mucho menos dejarla ahora que era su único apoyo. En su mente se agolpaban muchas soluciones, pero todas llevaban a un adulto, debían hablar con alguien mayor que ellas, aunque en ese momento no se le ocurría nadie, ni conocían a nadie que hubiera pasado por esa situación. Quiso llorar con ella, pero sabía que su amiga la tenía que ver fuerte y serena en esos momentos.

—Carla, vamos a ver si entre chismes en el instituto, nos enteramos de alguien que le haya pasado, ahí hay chicas mayores que nosotras, seguro que alguna sabe cómo se hace o nos puede dar alguna pista, vamos a esperar un par de días y luego decidimos —a Adela no se le ocurría otra cosa en esos momentos, pero seguro que a la larga y con más calma, algo le llegaría a la cabeza.

CAPÍTULO VI

Carla bajó, estaba espectacular, cogió la taza de café todavía humeante que Adela le ofreció.

—Estás fantástica, como siempre, Carla —le dijo Adela, siempre la había admirado, por su confianza, y su fortaleza, esa que de la nada sacó, el día que tuvo la valentía de escapar de casa, después de una paliza que por casi la mata.

—Hoy es un gran día, lo sabes, hoy se cierra esa herida, hace una semana empezó a cicatrizar, pero hoy se cerrará por completo. —La mirada de Carla estaba puesta en el techo, como pensando en lo que venía ahora, deleitándose al saber que todo el sufrimiento que había llevado consigo se acabaría en unas cuantas horas. La marca de esa cicatriz no se iba a borrar, esa la llevaría consigo, al igual que la que tenía en la espalda, y que nunca quiso reconstruirse, para que no se le olvidara los malos tratos y las vejaciones a las que había tenido que enfrentarse en su adolescencia.

Siguió tomándose el café, no todo había sido malo, pudo gracias a mucha gente, superar poco a poco su dolor, su amargura, ser la persona que era en ese instante, la cual se estaba tomando ese café con deleite, sabiendo que todo por fin había acabado.

—¿Qué vas a hacer después, tienes planes? —Adela se preocupaba mucho por la salud de su amiga, y aunque la viese tan entera, sabía que en cualquier momento se podría derrumbar, cómo cuando abortó, y con toda la entereza que tenía llevó a sumirla en una vorágine que por casi le cuesta la vida a Carla.

—A corto o a largo plazo —la sonrisa de Carla se dibujó en su rostro, entre pícara y divertida—. A largo plazo tengo mucho trabajo están mis editores esperando la segunda parte del libro, y a corto, no lo sé tal vez esta noche salga a tomar una copa, ¿quieres que vayamos a ese sitio que tanto te gusta en Chueca? —Dejó el café encima de la mesa de la cocina, y miró el reloj, las horas se le estaban haciendo eternas.

—Por mí encantada, a ti no te van mucho esos sitios de hippies, jajaja, eres más de bohemios y soñadores, pero seguro que estando las dos juntas nos lo pasamos fenomenal, como cuando éramos jóvenes. —Quiso poner una nota de humor, ya tenía planes para esa noche, mucha gente quería conocer a Carla, a la nueva Carla, la que hoy nacía de nuevo a sus cincuenta años, que murió tal día de su catorce cumpleaños y que hoy por fin volvía a nacer. Carla la miró, eran muchos años y sabía que algo tramaba, pero no le quería sonsacar nada, lo que ella hiciese estaba bien, siempre había confiado en su amiga, sobre todo en los momentos más duros y que no le falló, ni como amiga, ni como hermana, recordó como la cuidaba en los momentos más duros de su vida, el día del aborto no le soltó la mano en ningún instante, la agarró y la dijo que no la soltaría y así lo hizo. Nunca conocería a una persona tan dulce como ella y tan amiga de sus amigos, en las malas y en las buenas siempre sería su apoyo, su bastón cuando cojeaba y su varita mágica que la llevaba a ese cuento de princesas que dejó en el olvido por mucho tiempo, pero que nunca se desprendió de él.

—Tengo que apurarme o no llegaré —Carla se sobresaltó, había perdido la noción del tiempo abarcada por sus propios pensamientos, era día de reflexión de recuerdos, amargos, que en esa semana habían florecido de manera inusual, cuando le llegó la noticia, esa noticia que llevaba años esperando, esa venganza que el día de su aborto pensó detenidamente, y que en una semana se estaba haciendo realidad.